

# JUVENTUD Y SOCIEDAD CONTEMPORANEA \*

*por Isidoro Moreno Navarro*

El binomio juventud-madurez, tan de actualidad hoy en nuestra sociedad, no es sino uno de los modos posibles de transferir unos significados sociológicos a unas categorías de orden estrictamente biológicas. En efecto, las categorías en que más comúnmente suele clasificarse a la gente, tanto en nuestra sociedad como en cualquier otra, son las basadas en los criterios de edad, de raza y de sexo. Estas categorías, meramente biológicas, cobran valor sociológico cuando las diferencias físicas que conllevan son definidas en términos culturales, cargando sobre ellas, con tendencia a la bipolaridad, una serie de rasgos y caracteres socioculturales cuya distribución puede realizarse de muy variada forma, según sea la orientación de la cultura de cada sociedad concreta.

Es preciso subrayar, por consiguiente, que cualquiera

---

\* El presente trabajo es una versión que sigue de modo muy estrecho el texto de la conferencia pronunciada por el autor, bajo el mismo título, en el Aula Magna de la Facultad de Ciencias de Sevilla, dentro del ciclo dedicado al tema de la Juventud, en marzo de 1970. Este es el motivo de la inexistencia de citas bibliográficas y demás aparato que suele acompañar a cualquier estudio científico de esta clase.

de estas dicotomías: hombre-mujer, jóvenes-adultos o blancos-negros, aunque responden a realidades objetivas, directamente detectables, no poseen igual valor en todos los casos, ya que sólo se cargan de significado cuando reciben un determinado contenido cultural. Y en nuestra sociedad, ahora que, aunque letamente, está comenzando a debilitarse la especialización de roles y tipos de personalidad según el criterio del sexo, se está fomentando el desarrollo de otro criterio, también biológico, como es la edad, que se reviste hoy, quizá como en ningún otro momento, de una fuerte significación sociológica. La percepción de este proceso se hace más difícil, a pesar de su evidencia, porque en la moderna sociedad capitalista interactúan para definir al individuo, junto a estos criterios referidos a realidades biológicas —raza, sexo, edad—, otros ya plenamente culturales y sociológicos, como son las clases sociales, los grupos de status y los grupos de poder, que poseen mucha mayor virtualidad operativa pero que, a la vez, pueden disfrazarse hábilmente bajo la apariencia de aquéllos.

En contra de lo que muchas veces quiere hacernos creer, nuestra sociedad no se divide principalmente en jóvenes y adultos. Esta es una entre las muy diversas formas posibles de clasificar la realidad social, y no precisamente la más lúcida ni explicativa. Ya hemos aludido a otras bipolaridades, como las de hombre-mujer o blancos-negros, pero lo mismo podríamos continuar la serie con otras dicotomías a distinto plano, como pudieran ser las de explotadores-explotados, revolucionarios-reaccionarios, o alienados-no alienados.

Y no es que cada una de estas categorías sean irreales, sino que tomadas aisladamente, como claves únicas para explicar la estructura de nuestra sociedad, son insuficientes. Peor aún —por resultar entonces la realidad tendenciosamente deformada— es superponer todos los primeros y todos los segundos términos de las distintas oposiciones, distribuyendo los rasgos socioculturales en dos campos antagónicos, rigidamente separados por una misma línea. En este sentido, afirmar que *todos* los jóvenes son automáticamente inconformistas, apasionados, inconscientes e inconstantes, sería algo tan falto de realidad como señalar que *todas* las personas adultas poseen como principales características las de ser conformistas,

razonables, responsables y conscientes; a pesar de que sean estas notas las que, por lo general, nuestra sociedad les adjudica.

Pero no basta con rechazar la oposición juventud-madurez como explicación última de gran parte de las tensiones que tienen como escenario nuestro campo de fuerzas sociales; es preciso profundizar en el significado y consecuencias de la existencia misma de la dicotomía. En primer lugar, y en su sentido estricto, biológico, y por tanto socialmente neutro, la juventud debe ser considerada como una etapa dentro del ciclo vital común a todos los seres vivos, incluido el hombre. La edad, indudablemente, da unas características físicas bien definidas a la persona. Un individuo en plena juventud es alguien biológicamente lleno de vigor, pero poco más. En realidad, el paso verdaderamente significativo es el de transición desde la niñez al estado adulto, señalado por la pubertad. El individuo adquiere sus plenas facultades sexuales y biológicamente se convierte en adulto, aún cuando en nuestra sociedad esto no lleve consigo su consideración social como tal. De aquí que se haya llegado a creer, con gran ligereza, que la pubertad fisiológica produce necesariamente conflictos psíquicos en los individuos, cuando la verdad es que los problemas y dificultades emocionales que caracterizan entre nosotros el período de la pubertad están originados por las condiciones sociales específicas de nuestra sociedad y no se presentan en otras sociedades, como han puesto de manifiesto los estudios de Margaret Mead y una larga serie de antropólogos que trabajan en el campo de las relaciones entre cultura y personalidad.

Como estos cambios fisiológicos carecen en nuestra sociedad actual de un significado cultural y normativo preciso, e incluso se prohíben sus propias consecuencias biológicas, al aplazarse toda actividad sexual plena hasta muchos años más tarde, hemos convertido al primer período juvenil en una fuente de inseguridad y desequilibrios para el individuo. Hemos de tener, entonces, bien en cuenta que cuando se habla de la *juventud* se está haciendo referencia, aún cuando la confusión con el nivel biológico sea patente en la mayoría de los casos, al significado sociológico de una etapa cronológica de

la vida, el período juvenil, cuyos límites e imprecisas características se sitúan entre los períodos sociales bien definidos de la niñez y del estado adulto. Representa idealmente una fase de transición que, arrancando de la marginación social, desemboca en la plena participación en la sociedad, durante la cual no existen normas y expectativas claramente institucionalizadas con las que pueda orientarse el comportamiento, lo que produce una inestabilidad psicológica muy acusada.

Esto no obstante, y como en otros muchos terrenos, nuestra sociedad presenta un gran número de contradicciones a sus modelos teóricos, ya que la no consideración social de adultos a los jóvenes no sólo se opone a la evidencia biológica de su madurez física y sexual, sino también, en muchos casos, a la exigencia de la realización de tareas claramente adultas, y no precisamente las más livianas, para poder subsistir. O cuando se les considera perfectamente capacitados, por ejemplo, para defender a su país, matando enemigos, pero no para poder opinar en la elección de aquellas personas que hayan de dirigirlo. Y no hablemos de casos más extremos, como cuando la propia ley no reconoce a ciertos efectos a un individuo como plenamente adulto hasta que este contrae matrimonio, aunque haya ya pasado del medio siglo de edad y pueda poseer toda una colección de títulos académicos. Así, en España, es sabido que el papel social de elector se encuentra reservado a los cabezas de familia y sus cónyuges, es decir, en la práctica, a las personas casadas; y esto a pesar de que dicho papel social no posee apreciable trascendencia en cuanto a las cuestiones o al número de veces en que puede ser asumido.

Pero incluso restringiendo nuestro análisis a la norma ideal, según la cual la juventud es una etapa de preparación y entrenamiento para el ejercicio futuro de los roles de adulto, esta se extiende en nuestra sociedad a un período de tiempo anormalmente amplio y sin límites precisos. Para un gran número de sociedades, en cambio, la madurez biológica y social coinciden o distan poco entre sí, dándose gran importancia a la evitación de toda ambigüedad, mediante la práctica de determinados *ritos de pasaje* que subrayan socialmente el momento en que el individuo se despoja simbólicamente de las características de la niñez para revestirse de

aquellas que su sociedad considera como propias del estado adulto, lo que suele señalarse incluso con la adopción de un nuevo nombre. Estos ritos, consistentes generalmente en pruebas de resistencia física y psíquica, y en ceremonias de iniciación, poseen un gran significado psicológico para el individuo y sociológico para el grupo. No pueden existir dudas en cuanto a cuáles han de ser los comportamientos esperados y las responsabilidades asumidas por cualquier persona desde ese momento.

En nuestra sociedad, por el contrario, no existe nada parecido que señale la entrada en la sociedad adulta, a no ser esas fiestas «de sociedad» en que los retoños de una aristocracia en declive y una alta burguesía en ascenso, señalan su paso desde la infancia a la edad «de merecer». Por ello, la etapa juvenil se caracteriza, aunque cierta literatura blanda quiera indicar lo contrario, por una radical inseguridad psicológica nacida de la ambigüedad del status que se adjudica a los jóvenes. Para entender esta situación no debemos olvidar que las interpretaciones culturales de la edad y de las diferencias entre distintas edades se refieren, fundamentalmente, a la división social de las actividades, es decir, responden a los criterios de acuerdo con los cuales las personas ejecutan diferentes roles y ocupan diversos status. Ciertos roles, en especial aquellos que implican facultades decisorias u organizativas, están vedados a los jóvenes, bien sea por la ley o por otros modos más informales de control social, mientras que, por el contrario, les están particularmente reservados otros papeles sociales de menor relevancia y prestigio.

La definición social de cada edad se realiza, pues, en relación a ciertas características que se distribuyen de forma determinada entre los diferentes status adscritos a ellas. Por tanto, los rasgos socioculturales y los patrones de conducta que se consideran propios de una edad concreta sólo son significativos en relación con los que definen a las otras. Allí donde el sistema de roles se halle estrechamente ligado a la edad, ésta será un componente importante de la propia identidad personal. La identidad del «ego», la percepción de sí mismo en términos de necesidades, aspiraciones y responsabilidades, vendrá condicionada muy directamente por el

lugar del individuo dentro de las diversas categorías de edad. El sentimiento será, sobre todo, de moverse desde un grupo a otro mecánicamente, por el simple acceso a la edad característica de cada uno de ellos, independientemente de las cualidades y roles potenciales que puedan adquirirse. En este caso, el status adscrito a la edad será un componente fundamental del status total del individuo.

En sociedades muy estables, con un grado muy bajo de cambio sociocultural, la adjudicación de roles y status en base al criterio de la edad posee un gran valor funcional, en cuanto que el conocimiento que puede alcanzarse, en todas las esferas, es esencialmente acumulativo, fundamentado en la propia experiencia personal. La gerontocracia se justifica por el hecho cierto de que la sabiduría se basa en la asimilación y control de los conocimientos tradicionales, a los que se accede lentamente en el transcurso de toda la vida. En la mayoría de estas sociedades, la separación radical entre las distintas generaciones constituye un factor muy importante para la estabilidad y mantenimiento de la estructura social. Cada uno de los grupos de edad está perfectamente definido y debe realizar como tal grupo —independientemente de la personalidad o cualidades de los individuos concretos que lo integran— determinadas actividades sociales que son básicas para el adecuado funcionamiento de la sociedad global.

Por el contrario, en sociedades como la nuestra, sujetas a un proceso acelerado de cambio sociocultural, la fundamentación anterior ya no es válida, convirtiéndose su persistencia en algo extremadamente disfuncional. La misma distinción ideal entre *juventud*: fase de aprendizaje formal y de recepción de conocimientos, y *madurez*: período de puesta en práctica de dichos conocimientos, se encuentra ahora carente de sentido. A todos los niveles, se reconoce y pregona que el aprendizaje, antes asociado estrechamente a la etapa juvenil, ha de ser hoy permanente, ya que métodos y saberes plenamente aceptados quedan totalmente anticuados con gran rapidez, por lo que es preciso reemplazarlos continuamente. Pero el reconocimiento de esta evidente realidad no parece implicar, en la mayoría de los casos, la aceptación de su más directa consecuencia: que la edad de una persona, por sí misma, no

coloca a ésta en mejores o peores condiciones que a otras para ejercer una determinada función. Lo importante hoy es poseer el *código* con que descifrar la cantidad creciente de *informaciones* que se reciben en todos los órdenes, no ya el acumular éstas, que se quedan rápidamente inválidas y en desuso. Y esto es algo que nada tiene que ver con la edad; aún más, si no se ha adquirido dicho *código*, el individuo irá quedando con la edad cada vez más desorientado y perdido en un mundo del que no será capaz de interpretar los *mensajes*.

Es claro que en cualquier sociedad, excepción hecha quizás de aquellas cuya cultura posee un grado muy bajo de intensidad emotiva en todos los sentidos, ha de darse un cierto estado de tensión entre aquellos que dominan y controlan los distintos órdenes sociales, en especial la estructura de poder, y quienes poseen la expectativa de acceder a este dominio. Si la situación actual de nuestra sociedad respondiese exclusivamente a este planteamiento, no se cargaría tanto el interés sobre la significación del binomio jóvenes-adultos: cuando los primeros llegasen a la madurez ocuparían de forma más o menos automática los puestos de dirección, convirtiéndose en defensores o implícitos aceptantes de las premisas y valores consagrados. Aceptarían, de hecho, el vigente orden de cosas permaneciendo la estructura de la sociedad estable. Es más, el anterior conflicto, convenientemente controlado y limitado en cuanto a la etapa de la existencia personal en que puede darse, habrá contribuido a la reafirmación de la sociedad en la dirección establecida, al constituir un caso típico de *protesta ritual* que forma parte de su propia dinámica interna.

Lo que realmente ha acentuado la atención hacia la juventud de nuestros días no ha sido el conflicto, más o menos agravado, que opone permanentemente y en forma casi ritual a jóvenes y viejos, sino el presente y creciente enfrentamiento entre opuestas ideologías y formas de vida cuya significación de ninguna manera puede transferirse —como suele hacerse unas veces a la ligera y otras conscientemente— a las diversas categorías de edad. Es porque la juventud de hoy será la que mañana determine la orientación de nuestra sociedad por lo que cada uno de los sistemas ideológicos en liza trata de atraér-

sela o de mantenerla apartada de los problemas sociales nucleares de nuestro tiempo, según los casos. De aquí los esfuerzos de concienciación, adulación, condena violenta, o varias de estas conductas alternativamente, que desde todos los ángulos presionan sobre ella.

Tal como el sistema establecido lo considera, el período juvenil debería representar, simplemente, una fase de aprendizaje para la posterior y automática integración al ordenamiento social, sin que quepa la posibilidad de reflexionar acerca de las características de la sociedad a la que ha de realizarse esta integración. De aquí los consabidos slogan, falsa y pretendidamente teñidos de neutralidad, de que «cada cual cumpla con su tarea concreta y todo irá mejor», «el estudiante dedíquese sólo a estudiar, que es lo suyo», «el profesor enseñe su materia específica y no meta en las cabezas de los estudiantes ideas extrañas y peligrosas», y otras admoniciones de este tipo, a las que tan acostumbrados estamos ya y que pueden resumirse en la amenazadora advertencia de que cada uno de nosotros nos dediquemos a la parcela mínima de actividades a la que hemos podido acceder o que nos ha sido asignada, sin que nos preocupemos en fiscalizar o tratar de influir en la marcha global de la sociedad y en la orientación direccional de todas estas actividades concretas, ya que existen personas carismática o tecnológicamente dotadas para atender por nosotros a tan complicadas como «ingratas» tareas. Es, a fin de cuentas, la versión actualizada del tan famoso «zapatero, a tus zapatos», que pretende conseguir, dicho sea de paso, además de buen calzado, que ni el zapatero ni sus hijos puedan atender a nada más que a su oficio y no se planteen siquiera la posibilidad de acceder a otra ocupación económica o socialmente más rentable.

A cambio de esta futura y automática integración en los roles previamente establecidos; a cambio de rehusar a toda búsqueda de la identidad —ya existen fabricadas aquellas más convenientes para que cada individuo funcione de la forma más rentable para el sistema—, y como contrapartida, sobre todo, de que no pongan más tarde en cuestión las estructuras económica, social y cultural de nuestra sociedad, esta admite, durante el período juvenil, ciertas transgresiones

en aspectos menores del código tradicional de comportamiento como «esperadas y propias de los jóvenes» y basadas en la «consabida y natural irresponsabilidad» de los mismos. Esta posibilidad institucionalizada de escapar a ciertas normas, que es sentida por muchos jóvenes como si fuese realmente una ruptura con el orden social existente, no constituye, en la mayoría de los casos, sino el cumplimiento de una norma social más, ya que en toda transgresión del código cultural es preciso distinguir dos casos bien definidos: la transgresión con sentimiento de culpabilidad, o al menos acompañada de justificaciones por el no cumplimiento personal del código, que en verdad no se pone en cuestión, y el rechazo consciente y total de la norma, por considerarla inadecuada o carente de virtualidad.

En la primera situación, que es la mayoritaria, al dejar el individuo su etapa juvenil volverán a hacerse para él sinónimos norma general y norma personal, aunque —eso sí— podrá recordar con nostalgia los «tiempos de juventud» en los que era posible hacer tales o cuales cosas luego irrealizables. De ahí esa apenas velada envidia de ciertos adultos hacia quienes *todavía* pueden permitirse ciertas exenciones debido a su edad, y esas frases estereotipadas tales como «aprovecharos ahora que aún podéis», «vivid a gusto mientras podáis», y varias más que aquéllos que ya no son jóvenes dirigen a estos, reflejando el reconocimiento de que, para ellos, pasó ya irreversiblemente la edad en que les era dado asumir determinadas posturas y conductas.

En el segundo caso, hoy ya no tan minoritario, el individuo seguirá rechazando permanentemente gran parte de las normas socioculturales, esforzándose por lograr un cambio verdadero de estructuras, lo que le hará peligroso para el sistema. De aquí la importancia, en cuanto a la perduración de éste, de que los jóvenes respondan al primero de estos dos modelos. Si es así, sean cualesquiera sus posiciones, e incluso aunque éstas desemboquen en comportamientos violentos y hasta destructivos, su conducta no tendrá otra significación, como ya señalamos anteriormente, que la de una *rebelión ritual* mediante la que el propio sistema saldrá fortalecido; y esto, indepen-

dientemente de la voluntad de quienes participen en ella. Para que nada cambie, todo puede cambiar, todo orden puede ser subvertido, siempre que esto se realice en determinados momentos, rígidamente señalados: en el caso que analizamos, la posibilidad de escapar, de forma más o menos completa, a las normas establecidas, durante un período concreto del ciclo de vida individual; en otros casos, se tratará de uno o varios días al año de igualación entre clases o de inversión de las relaciones de dependencia. Pero lo importante realmente es que esta puesta entre paréntesis de las normas sociales sólo ocurre en fechas o períodos de tiempo bien definidos. A cambio de una menor rigidez de las diversas formas de control social sobre el individuo, durante la edad en que éste es conceptualizado culturalmente como joven, se le obliga a aceptar el sistema social en todos sus aspectos cuando entre a formar parte plenamente de la sociedad, mediante su consideración de adulto. Con ello se conseguirá, además, que la represión personal no alcance niveles excesivos durante la juventud, poniéndola bajo control y permitiendo, en ciertos momentos, la catarsis.

La verdadera importancia, pues, de la juventud actual, estriba precisamente en ser la juventud de una sociedad que está atravesando un período crítico. Y no afirmamos esto siguiendo el gastado tópico de considerar como el más importante de la historia el tiempo que a cada uno le ha tocado vivir, sino porque creemos que en nuestra sociedad existen muy pocos *universales de cultura* y un número cada día más creciente de pautas *alternativas*, algunas de ellas en abierta incompatibilidad. Cuando hablamos de *universales culturales* nos estamos refiriendo, como hace Linton, a aquellas ideas, valores y hábitos comunes a todos los miembros de una sociedad concreta. Cuando señalamos a las *alternativas*, significamos la existencia de modos diferentes de reacción frente a las mismas situaciones y de diferentes medios *socialmente reconocidos* para alcanzar análogos fines. Y es el caso que aunque puedan perdurar definitivamente en el nivel de alternativas determinadas pautas de importancia limitada, por no pertenecer al núcleo del sistema sociocultural, esto no es posible cuando se trata de normas y valores socialmente decisivos, ya

que toda cultura ha de poseer al menos un mínimo de integración en su núcleo básico para no desintegrarse.

Las normas y valores de gran parte de los adultos no son ya universales de cultura, puesto que no son admitidos por muchos jóvenes ni por otra gran porción de adultos. El tradicional orden jerárquico, aristocrático y autoritario, con todas sus implicaciones, ha dejado ya de ser, en cuanto a su aceptación, un universal de nuestra cultura, pero tampoco han llegado a serlo los principios de igualdad, libertad y desarrollo integral de la persona. Ambos sistemas de valores se encuentran hoy en la categoría de alternativas y uno de ellos ha de triunfar finalmente permitiendo la construcción de un nuevo tipo de sociedad o reafirmando represivamente la que ahora se tambalea. La importancia de la adscripción de la juventud, sea explícita o implícita, a uno u otro campo, no necesita, pues, ser subrayada.

Esto explica la creciente adulación a los jóvenes, aunque en muchas ocasiones esta adulación no pase de ser una simple maniobra explotadora por la que se les trata de convertir en permanentes devoradores de los productos de una industria especializada sobre ellos, la cual se convierte, además, en instrumento de alienación, haciéndoles considerarse sujetos centrales de la atención de una sociedad que desea convencerles de que ellos son su interés más importante. En los demás casos, la adulación a los jóvenes y la exaltación de la juventud como grupo dotado de unas imaginarias y casi tautomáticas cualidades, tiene una finalidad claramente instrumental. Así, por ejemplo, todas las organizaciones políticas, religiosas o de cualquiera otra clase, tienen o tratan de poseer una «sección juvenil», «directiva auxiliar», «legión de aprendizaje» o similar. Estas secciones dependen en forma muy estrecha de la organización adulta correspondiente, siendo la relación estrictamente unívoca, ya que la rama juvenil no influye en realidad sobre la marcha de la organización adulta y sí es, en cambio, convenientemente utilizada por ésta, sobre todo en finalidades para las cuales los miembros adultos no resultarían adecuados, bien por precisar conductas que podrían resultar desprestigiosas, bien porque las acciones serían consideradas como excesivamente agresivas, y por tanto into-

lerables, por los demás miembros de la sociedad. Baste recordar en este sentido las demostraciones de fuerza, desfiles, asaltos y otras acciones que suelen realizar con cierta frecuencia los grupos juveniles de determinadas organizaciones políticas.

De aquí la creciente aversión de una buena parte de la juventud actual a dejarse encasillar en organizaciones cuyo control le es ajeno, y la también creciente tendencia a asociarse formal o informalmente en grupos de iguales, generalmente excluyentes, cuando no a veces claramente xenófobos. E incluso cuando los jóvenes se encuadran en las ramas correspondientes de las distintas organizaciones políticas, religiosas, etc., lo hacen hoy, en su mayor parte, principalmente por sentirse aceptados, *legitimados* socialmente, o para conseguir relacionarse más fácilmente con gentes de su misma edad. El interés hacia los fines específicos de la organización ha pasado a segundo término, desbordado por la búsqueda ansiosa de la consecución de contactos en los que se ponga en juego la personalidad total de los individuos; lo que no es nada extraño si pensamos que el tipo normal de relaciones sociales que les brinda la sociedad es radicalmente inauténtico.

Una parte de la juventud actual impugna ya a una sociedad que, a pesar de la adulación que ejerce sobre ella, ignora legal y socialmente a los jóvenes, negándoles cualquier rol importante. A una sociedad que, en abierta contradicción con aquello que pregonan algunas de sus principales normas ideales, valora el *poseer* y no el *ser*, y donde la riqueza, el éxito y el poder son los máximos incentivos. Una parte de la juventud actual no se contenta ya con el ideal burgués de conseguir, más que ninguna otra cosa, una «esposa fiel», un «marido trabajador» o unos hijos que actúen de satisfacción sustitutiva y de amortiguadores de la frustración propia, convirtiéndose en agentes justificadores de las acciones de sus padres, aunque estas no sean especialmente limpias. A ella no le basta con obtener por encima de todo una profesión bien pagada, independientemente de que interese o no el tipo de trabajo a realizar y de que pueda o no contribuir al enriquecimiento de la personalidad; o el ser «socialmente respe-

tado», es decir, saludado con continuas inclinaciones de cabeza, cínicamente aduladoras, cuando no cargadas de rencor.

No se acepta tampoco la existencia de dos esferas totalmente señaladas. En realidad, dentro de la juventud, como de conducta e incluso sistemas de valores radicalmente opuestos: la esfera familiar, donde el afecto y la cooperación deben reinar en todo momento, y el ámbito público, representado por todos los restantes contextos, el cual es considerado como jungla en la que dirimir constantes batallas por el ascenso económico y social.

Por supuesto, es claro que cuando hablamos de la juventud no caemos en el espejismo tan frecuente de creerla un grupo homogéneo, ni de adjudicarle a toda ella las notas anteriormente señaladas. En realidad, dentro de la juventud, como dentro de la sociedad toda, pueden distinguirse varias orientaciones, claramente definidas en cuanto al modo e intensidad de su protagonismo social, que son resultado de la exploración personal, o falta de ella, acerca del significado de los principales valores socioculturales asimilados durante el proceso de enculturación, y de su grado de coherencia con el desarrollo integral de la personalidad propia.

Estas orientaciones creemos deben analizarse de acuerdo a los siguientes tres criterios fundamentales:

- a) La aceptación o rechazo del sistema sociocultural existente.
- b) La consciencia o inconsciencia de esta aceptación o rechazo.
- c) La actividad o pasividad en la aceptación o rechazo.

		RECHAZO		ACEPTACIÓN	
		Activo	Pasivo	Activa	Pasiva
Cons- ciente	Incons- ciente	I	—	—	V
	III	II	IV	—	

De lo que resultan, al menos para nosotros, cinco grupos fundamentales, cuyas características damos a continuación, a título de esbozo:

El primer grupo (I), compuesto por aquellos a quienes en muchas ocasiones suele aplicarse la denominación de *asociales* o *inadaptados*, representa un rechazo activo, incluso con frecuencia violento, de una gran parte de las normas sociales. Quienes forman el grupo son individuos temperamentalmente opuestos a la orientación de nuestra cultura, que reaccionan agresivamente contra las limitaciones que ésta les impone, respaldadas por la gente «respetable». Rechazan el sistema social establecido, pero son incapaces de realizar una crítica consciente del mismo, por lo que no pueden presentar ninguna alternativa ideológica o práctica al mismo. Las bandas juveniles, rayando o con frecuencia dentro ya del campo de la delincuencia por delitos comunes, y sea cualquiera la denominación que se les otorgue, pertenecen plenamente a esta categoría, que es producida automáticamente por la propia sociedad, dada su actual estructura, como una de sus contradicciones internas.

Por otra parte, va en aumento el número de quienes rechazan conscientemente a una sociedad que consideran materialista, explotadora y alienante; y de aquí la importancia creciente de la juventud impugnadora. Este rechazo consciente puede ir o no acompañado de una intervención directa, activa, dirigida a cambiar la sociedad, o puede, por el contrario, desembocar en un distanciamiento o abandono más o menos total de la misma. En este último caso (grupo II), la oposición entre los valores personales y la estructura del sistema establecido se intenta resolver segregándose de éste y aislándose en pequeños grupos con actividades y normas propias. Este distanciamiento puede ser físico: huida de las ciudades industriales hacia sitios que se consideran libres del pernicioso contagio de la sociedad actual, creando microcosmos donde imperen las relaciones auténticamente personales sobre las anónimas, como es el caso de muchas comunidades de «hippies»; o bien reducirse a una ilusión de escapada, a una evasión psíquica, para refugiarse en un mundo artificial, en un paraíso propio, al margen de la realidad que se rechaza. Como

esta segunda actitud del alejamiento interior es, desde luego, menos difícil de realizar y menos comprometida que una verdadera ruptura física, de aquí el aumento constante del consumo de drogas y otros productos encaminados a producir estados psíquicos felices que la vida real no puede ofrecer en nuestra sociedad capitalista. Hay que hacer notar, además, que esta moderna fantasía de solución a los problemas sociales no difiere cualitativamente de esas otras posiciones tradicionales ante un orden social considerado también injusto, que secularmente han mantenido todos aquellos que han creído en la ilusión de que es posible resolver individualmente, a escala personal, problemas y situaciones generados por el propio sistema social y por tanto sólo solucionables mediante la destrucción de éste.

Independientemente del grupo anterior, con sus diferentes grados de evasión de la sociedad, existe otra categoría (III) de impugnadores conscientes del sistema sociocultural capitalista que no huyen de la realidad sobre la que éste se asienta, sino que permanecen en ella para lograr activamente un verdadero cambio de estructuras. Por supuesto, es este el grupo realmente peligroso para el sistema, ya que sus componentes no sólo son capaces de detectar los verdaderos condicionamientos de la situación actual y sus contradicciones internas, sino que actúan en consecuencia; aunque esto no signifique que hayan de hacerlo necesariamente con violencia. Son aquellos jóvenes, a quienes ya nos hemos referido en parte anteriormente, que se sienten solidarios con los explotados y los injustamente perseguidos —sean adultos o jóvenes, hombres o mujeres, blancos o negros—, y enemigos permanentes de los explotadores. Componen un grupo que rechaza gran parte de las cristalizaciones históricas de las distintas ideologías, pero que recoge lo que cree positivo de cada una de ellas, aspirando no sólo a unas libertades formales o de minorías, sino a una situación que reconozca la dignidad de toda persona y permita e impulse el desarrollo integral de cada una de ellas.

En sentido contrario, podemos distinguir dos grupos principales entre aquellos que aceptan globalmente el orden cultural y social vigente: el de quienes lo aceptan pasiva e inconscientemente y el de quienes lo defienden de una forma activa,

consciente e incluso violentamente, si llega el caso. Estos últimos (grupo IV) constituyen, desde luego, minoría, aunque su verdadero peso específico sea mucho mayor del que tienen en apariencia, ya que poseen, en acto o al menos en expectativa, el monopolio del poder, lo que les hace dueños de los principales resortes y controles sociales. Ellos representan la continuidad del sistema de valores real de la sociedad establecida, a la que defenderán activamente por ser el campo adecuado donde nutrirse de riqueza, status y poder.

El otro grupo (V), sin duda el más numeroso de todos cuantitativamente —al igual que ocurre en el conjunto de la sociedad—, está compuesto por la gran masa de individuos carentes en realidad de identidad propia, por encarnar en unos tipos de identidad prefabricados. Son aquellos que, convenientemente moldeados por los modernos medios de alienación colectiva, rehúsan desarrollar sus propias potencialidades como personas y las proyectan en la figura del jefe carismático, del emisor de recetas standardizadas o del tecnócrata «especializado», que piensan y deciden por ellos. Quienes tienen como única meta el ascender de casillero social, no importa a cambio de qué costos, y que consideran que una cierta autonomía económica y el logro de algunas libertades formales, en el terreno sexual por ejemplo, son las máximas cotas a las que es posible aspirar. Para ellos es para quienes están institucionalizadas un determinado número de espitas a la frustración —previniendo los casos, en realidad muy mayoritarios, en que no se les permita siquiera conseguir lo anterior—, las cuales actúan de catarsis o lavativas purificadoras para que el individuo se integre al sistema sin demasiados problemas psicológicos. Por supuesto, es a este grupo al que se trata de presentar como la única juventud existente y posible, unas veces para adularla y otras, las más, con el fin de justificar la completa falta de disposición para entregarle responsabilidades.

Estos cinco modelos principales se superponen al actual sistema jerárquico de clases y engloban realmente no sólo a la juventud sino a todos los miembros de nuestra sociedad, con independencia de su edad, aunque en cada una de estas

categorías puedan ser distintas las proporciones relativas entre las diversas edades.

Y para concluir, voy a permitirme unas breves consideraciones finales sobre la denominada «cultura juvenil». Para quienes defienden su existencia —que son, por regla general, los mismos que se beneficiarían con su consolidación, y por ello la propugnan y alientan— han cristalizado ya, o se hallan a punto de hacerlo, una serie de pautas, actitudes, conductas y valores que son peculiares y exclusivas de la juventud. En este sentido, nosotros creemos que, salvo para un sector de los varios que responden al segundo modelo analizado —el de los impugnadores conscientes no activos, que sí han creado ciertas pautas distintivas, aunque muy cambiantes y aún no cristalizadas totalmente—, no existe realmente una «cultura juvenil», si nos atenemos al concepto antropológico de cultura. Su pretendida existencia nos parece simplemente otro intento para desencadenar un nuevo proceso de alienación colectiva que haga a los jóvenes encerrarse en un compartimento aislado y excluyente, que ellos han de creer construido por ellos mismos, del que cada uno deberá salir individual y aisladamente para integrarse de forma automática a las normas establecidas, que se les presentan también como si fuesen connaturales a la sociedad adulta. En ese «ghetto» juvenil habrán de dejarse obligadamente los ideales que alguna vez pudieron sentirse como realmente nobles y liberadores y que no podrán, por tanto, acompañar al individuo en su incorporación plena a la sociedad.

Querer convencernos de que existe una relación necesaria e insalvable entre juventud y normas nuevas y madurez y normas tradicionales, equivale a pretender que la juventud se convierta verdaderamente en una categoría social segregada, con una cultura propia tan poco relacionada con la cultura de la sociedad global de la que los jóvenes forman parte que impida a éstos ejercer cualquier influencia sobre la misma. El intento alcanza el extremo de querer convertir a la juventud en línea autónoma de transmisión de rasgos y valores culturales, casi siempre secundarios o desconectados con los puntos nucleares del sistema. Es el mismo método utilizado con tanto éxito durante siglos para mantener apartada de los temas y de-

cisiones importantes para la sociedad a la mitad de los seres humanos: los de sexo femenino. Consiste en incitar a los individuos de que se trate a que acepten como si fuese algo «natural» o decidido por ellos mismos aquello que les ha sido cuidadosamente fabricado con el fin de alejarles de los problemas clave a que antes hacíamos referencia: aceptación de símbolos peculiares, identificación con determinados valores secundarios o no operativos, consideración de que existen temas, problemas e inquietudes «propios» del grupo, a los que ha de dirigirse con exclusividad la atención de éste, etc.

La «cultura juvenil» se situaría así en un período más o menos preciso, pero siempre limitado, del ciclo de vida individual, y sus normas y valores serían asumidos temporalmente para abandonarlos más tarde, cuando se consiga ser reconocido como miembro de la «sociedad adulta», sin que puedan ser llevados a ésta y sin que, por tanto, puedan amenazar en ningún aspecto importante la estabilidad del sistema sociocultural imperante.

*Departamento de Antropología y Etnología de América  
Universidad de Sevilla.*